

¿Son el Brasil de “adeveras”? Fuente y transformación de nuestras identificaciones más profundas

Ángel Cabrera Baz*
México

También quien se deja arrastrar por
el hábito de las verdades normales,
quien olvida ponerlas en duda y
replanteárselas está ciego para el ser.

Martín Heidegger

Todavía los mejores clubes del mundo buscan a aquellos
que se atreven a ser cosas distintas, los aventureros,
los que llevan al potrero en el alma y están dispuestos a mostrarlo,
los que no solo buscan ganar, sino gozar este juego.

Los parias que se aventuraron a otras tierras
son los Maradona, Di Stéfano, Puskás, Cruyff, Pelé...

Juan Villoro

37

Introducción

— ¿Son el Brasil de a de veras? Con esta pregunta me sorprendió una ingenua y pertinaz carita de siete años en Xoampolco, Veracruz —un pueblito montañoso de México—, cuestionamiento al que apenas masculle *mmm*, pero que sin duda sería respondido poco después,

* Doctor en Estudios Humanísticos con especialidad en Ética, ITESM, campus Ciudad de México. Sus líneas de investigación son deporte, ética, sostenibilidad e interculturalidad. Actualmente realiza estancia posdoctoral en la UNACH. Contacto: cabagelo@yahoo.com.mx.

cuando un pitazo estridente rompió el silencio de la serranía. Este interrogante me acompañó todo el camino hacia Toluca, estado de México, lugar donde radicaba en ese entonces, y que se agudizaba nada más de ver nuestro uniforme verde amarelo sudoroso, con el que habíamos ganado la reñida Copa de la Amistad al equipo local y que hoy –más de quince años después– me sigue rondando de muy variadas maneras.

Preguntas y más preguntas: los demonios de siempre también presentes en el fútbol

¿Quiénes y qué somos?, ¿para qué ser?, ¿cómo y quién decide sobre la forma de ser y los actos a realizar?, ¿se juega cómo se es o al menos cómo se quiere ser? ¿existe una especie de ADN para jugar?, ¿somos conscientes de nuestras identificaciones? Los intentos de respuestas pueden quedarse muy cortos e, incluso, ser frustrantes; aun así, es necesario persistir en el análisis para encontrar indicios que nos ayuden a entender de mejor manera eso que somos y nos hace ser lo que somos. Todo esto con la finalidad de comprender de forma más cercana las guías que generan comportamientos. En este apartado reflexionamos sobre si las expresiones del juego* –de la forma de jugar– guardan relación con las expresiones de ser distintas del juego mismo. Para esto empleamos una estructura conceptual que nos permita comprender la importancia del acto de identificación y entender lo que se juega al llevarse a cabo, al acercarnos a elementos, dimensiones y dinámicas que participan en su configuración, para lo cual partimos del entramado presente en la conformación de lo que llamamos *identidad*.

Identidad puede considerarse como una de esas palabras extrañas que intenta abarcar mucho y a veces dice muy poco, que suele atravesar barreras disciplinarias y ser captada más claramente a partir de una adjetivación, por ejemplo, cuando hablamos de identidades racial, étnica, pública, futbolera, etc. Su uso conlleva

* Referidas a los rasgos identificables de cómo un equipo de fútbol juega: fuerza, intensidad, técnica, desgaste físico intenso, de contrataque, equilibrio, de ataque, defensivo, con descargo, de toque, al contragolpe, etc.

serias dificultades al no contar con una definición consensual y emplearse indiscriminadamente, lo que llega a generar desgaste en su utilización y, por lo tanto, muchas veces, ambigüedad en su uso dentro de diferentes contextos. A pesar de esta problemática, podemos encontrar características unificadoras, sensitivas, diferenciadoras y temporales que determinan pautas a distintas formas de actuar.

Si consideramos *identidad* como algo que “se va haciendo y solo existe o es posible en un espacio y tiempo determinado” (Acha, 1996, p.129), entonces la podemos captar como un proceso dinámico, inacabado, en el que se busca entender a una sociedad al dar cuenta de su especificidad temporal con el traslado del pasado-presente-futuro en la aproximación de su imaginario colectivo, es decir, la construcción social que conforma diversas estructuras. La dinámica de la identidad también debe leerse en el orden de lo cotidiano, pues elementos que podrían ser considerados como superficiales de la vida social dan cuenta de la conformación de los grupos sociales. Cotidianidad manifiesta, por ejemplo, en la forma de jugar de un equipo o una selección. La identidad puede observarse desde los ámbitos individuales y colectivos, y públicos y privados. Vicente Barrera (2002) señala a la identidad como “el sentimiento de pertenencia o comunión, que emerge de una cierta unidad de intereses o condiciones; que se afianza en un movimiento reflexivo del yo al *otro*, al contraponerse dialécticamente un nosotros frente a un *ellos*” (p.18). La pertenencia a un grupo se define tanto por inclusión como por exclusión, al exacerbar este *sentimiento*, cuando se acentúa *eso* que se comparte. Del mismo modo, hacemos referencia a una noción histórica, pues es indispensable para conformar la “cierta unidad de intereses o condiciones”, construcción que no constata exclusivamente los hechos pasados, sino la posibilidad de futuro, ya que brinda un marco referencial para actuar que nos permite pensar dicha noción histórica como un proceso social permanente, expresado en múltiples facetas y dimensiones. Jugar ofensivamente, asumiendo más riesgos, desde el orden y capacidad defensiva, a partir de la técnica, desde la inventiva, considerando la resistencia, desde la fuerza física, etc., está relacionado con el sentir y los atributos de un grupo social, con momentos históricos coyunturales.

Identidad necesariamente remite a cultura, pues ese algo que se va configurando o eso que se comparte se manifiestan en cierto contexto, otorgado y tomado, al cual podemos ubicar como *cultura*. Según señala Pérez Tapias (1995), la cultura es propia del hombre y mediadora de todas sus manifestaciones, por lo cual es imposible la existencia de hombre sin cultura, al igual que cultura sin hombre (p.23). En consecuencia, se establece como marco orientador por medio del cual el hombre se crea y se recrea. “Decir que ‘el hombre es un animal cultural’, es admitir que la cultura es lo que nos hace ser lo que somos, que es en ella donde se constituye nuestra identidad, que el proceso de identidad es siempre un proceso con el otro” (González, 2002, p.50). El otro nos forja y lo forjamos, por lo cual toma parte de nuestra libertad y cede parte de la suya. Los atributos de identidad permiten reconocernos como semejantes y diferentes, es un asunto de afirmación de uno mismo y, paralelamente, de exclusión del otro. “Siempre somos desde, con, contra y en una cultura determinada” (González, 2002, p.51). Por ejemplo, generalizando, si en el fútbol defendemos de manera férrea, entonces lo hacemos como italianos o uruguayos; si contamos con gran técnica y creatividad, quizá entonces nuestra genética pudiera ser brasileña. Ambas manifestaciones remiten a un bagaje cultural desde el cual se gestan.

La identidad presenta un carácter multicausal y sumamente extenso que puede resultar distante. Pero la acción que mantiene las atribuciones identitarias y puede constatarse sin perder la dimensión total es la de identificación. Por su carácter inmediato y especificador, resulta una acción cercana. El sentido más elemental del acto de identificar consiste en la disposición hacia algo*, esto es, establecer características comunes que nos permitan agrupar y particularizar. Si hacemos referencia a la permanencia de rasgos en una misma persona, la noción de carácter nos puede ayudar a observar el límite entre lo permanente (*idem*) y lo tomado de otros (*ipse*). Ricoeur (1995) lo designa como “el conjunto de disposiciones duraderas, ‘en las que’, reconocemos a una persona” (p.115). La noción de *identificar* hace referencia a la asunción y reconocimiento

* Ricoeur (1995) señala que el sentido más pobre en la noción de identificares “poder dar a conocer a los demás, dentro de una gama de cosas particulares del mismo tipo, aquella de la que tenemos intención de hablar”(p. 1).

de componentes sociales y la de *idéntico*, a su uso de igualación como intento de homogeneizar. Paul Ricoeur disocia dos significaciones a partir de idéntico: *idem* e *ipse*. Concibe a la identidad en el sentido de *idem* como “el grado más elevado al que se opone lo diferente, en el sentido de cambiante, variable [...] en el sentido de *ipse* no implica ninguna afirmación sobre un pretendido núcleo no cambiante de la personalidad” (1995, p.XIII). La identidad presenta permanentemente un uso comparativo: Ricoeur ubica la *mismidad* como sinónimo de identidad-*idem*, opuesto a la *ipseidad* [otredad] por referencia a la identidad-*ipse* (1995, p.XIII). A partir de la acción identificante, comparativa, busca establecer lo distintivo, lo permanente (*idem*) y su refutación en lo mudable (*ipse*), mediante una articulación de distinción y complementariedad. Esta identidad como *idem* la podemos observar en la selección española de fútbol, al mantener rasgos de pundonor y pasión muy propios, pero al mismo tiempo se encuentra la identidad como *ipse*, al asumir rasgos de la selección holandesa (encarnados en el FC Barcelona) de toque, presión y movimiento constante*, que hasta la propia Holanda ha perdido.

41

Ricoeur asocia con costumbre la disposición para identificar, al establecerse en la temporalidad la facultad de contraer algo en el hábito**. La perspectiva histórica del carácter se confronta con la posibilidad de cambio y es la base que nos permite saber que una persona es quién es. La noción de disposición, entendida como preparación, se relaciona con las identificaciones adquiridas mediante las que lo otro se conforma en lo mismo: la conjunción de identificaciones forja la identidad. “Gran parte de la identidad de una persona, de una comunidad, está hecha de las ‘identificaciones-con’ valores, normas, ideales, modelos, héroes, en los que la persona, la comunidad, se reconocen” (Ricoeur, 1995, p.116). Se asume la alteridad en la incorporación de tales valores, normas, etc., al carácter, en la fidelidad hacia estos; por ejemplo, el equipo de FC Bayern Munich, más allá de querer seguir siendo ganador, anhela un estilo

* Situación que abordaremos más ampliamente en el apartado de toro o torero, importancia de qué ser.

** Aristóteles relaciona carácter y costumbre en las acepciones de *êthos* (carácter) y *ethos* (costumbre, hábito). De *ethos* deriva *héxis* (disposición adquirida) (Aristóteles, 1993, 1106a, p.43).

de juego más atractivo para los aficionados, por lo cual contrata a Pep Guardiola, exentrenador del FC Barcelona. Juego atractivo, valor establecido por los dirigentes del equipo alemán.

También resulta fundamental la atribución de identidad expresada por Alberto Cirese (1987), quien la considera como una oscilación permanente que resulta de transformar un dato en valor (p.12). Pues algo se vuelve nuestro o mío cuando lo podemos asir, vivir, transformar, cuando tenemos la posibilidad de aprehenderlo como algo verdaderamentepreciado. De igual manera, al reducir un valor a un mero dato, se pierde la posibilidad de identificarse cercanamente con él y, por lo tanto, pierde su condición de valor. Situación presente en la selección brasileña de fútbol, pues en la memoria de todo futbolero está como sinónimo de virtuosismo, técnica, juego ofensivo, grandes delanteros; memoria que cada vez se vuelve más lejana, porque hace varios años que la realidad no corresponde con esos recuerdos. Pero para comprender mejor este fenómeno es menester contextualizar diversos aspectos, situación que realizamos enseguida.

42

Históricamente, la selección brasileña es la más ganadora de campeonatos mundiales, pero ha representado más que eso: sus jugadores han enarbolado el juego artístico, bello y eficiente. Han generado una identificación con el juego desde su manera de comprenderlo y expresarlo, desde su manera de ser. Aun con el riesgo de caer en generalizaciones, podemos decir que muchos brasileños se sienten vinculados con el ritmo, la fiesta, el baile, el regocijo, aspectos que plasman en el juego, además acompañado de características como fortaleza, irreverencia, vértigo, que han sido acompañadas de una táctica que ha posibilitado su creatividad y al mismo tiempo brindado orden.

A partir de 1938 se puede rastrear su estilo de juego alegre, si por alegre entendemos atrevido, ofensivo, basado en las características de sus jugadores: técnicos, fuertes, hábiles. El mundo del fútbol reconoce estas características como propias del jugador brasileño; así nace el *jogo bonito*, “ese estilo y forma de vivir el fútbol donde la belleza estética y la efectividad se hacen inseparables. No es un sistema ni un método, es un gusto. Y pasa principalmente por los

jugadores” (Bassignani, 1998, p.259). Aquí, el aspecto primordial se encuentra en el gusto, porque se reconoce y valora la parte lúdica al juego. Se accede a campeonatos internacionales y tres títulos mundiales (1958, 1962 y 1970) por medio del sentir futbolero de un pueblo.

A partir de 1974 los títulos mundiales se vuelven esquivos, sigue maravillando con su *jogo bonito*, algunas veces más que otras. Sobresalen especialmente las selecciones brasileñas de España 82, donde juegan juntos Zico, Falcao, Sócrates, Junior, Toninho Cerezo, Edder, conjunto de jugadores extremadamente talentosos al servicio de una idea, la del *jogo bonito*, equipo que se queda plasmado en el alma y goce de muchos, pero por cuestiones que tiene esto llamado fútbol, la selección que más técnica, juego ofensivo, alegría y eficiencia desplegó, no fue campeona de aquel Mundial. Un caso similar, quizá sin la excelitud anterior, es la selección brasileña de México 86, que despliega un juego vistoso y alegre que no alcanza a coronar. Es a partir de entonces que algo se rompe, al no llegar los resultados se cuestionan las formas y, como bien señala Santiago Seguro (2012), “la creatividad entra bajo sospecha porque se interpretó que conspiraba contra la eficacia” (p.421) y se entiende que lo errado es ‘cómo’ se juega, por lo que este pasa a segundo término para privilegiar exclusivamente al ‘qué’. Ya no importan los elementos fundamentales de la construcción identitaria de un estilo de juego, su valor pierde peso, vale –exclusivamente– conseguir títulos.

A partir del mundial de 1990 se manifiesta otra forma de concebir el juego, más táctico, físico y de marca, se juega “a la europea”, con laterales volantes, muy en boga en ese entonces. Los títulos mundiales vuelven en 1994, con el cambio de estilo o a pesar del cambio de este. Brasil cuenta con un equipo bueno, a secas, pero con dos delanteros sublimes: es la época de Romario y Bebeto, quienes lo consagran en el Mundial de Estados Unidos 94. En 1998 y 2002 Brasil también dice presente en la final del Mundial; al ganar esta última en Corea-Japón, vuelve a producir una excepcional camada de jugadores: es la época de los Rivaldo, Roberto Carlos, Cafú, Ronaldo y Ronaldinho, y si bien sigue teniendo grandes jugadores, deja de enamorar como equipo. Hoy, los campeonatos mundiales

vuelven a serle esquivos, ya que no gana uno desde el 2002, pero se aferra al juego físico y táctico, lo que, aunado a la producción de menos jugadores de calidad, destierra de su memoria lo que alguna vez manifestó como *jogo bonito*.

Ese *algo* que permeaba como elemento distintivo de y unificador a la selección brasileña se ha distorsionado, y cada vez son menos los jugadores con gran técnica, vértigo, arte, habilidad, alegría; ejemplo claro es la generación de más defensas y medios de contención con calidad, que medios creativos o delanteros. Quizá es la construcción de futuro que se gestó en 1990 y hoy está rindiendo sus frutos. Las identificaciones más enraizadas tienen que ver sí con el triunfo económico y reconocimiento, como antaño, pero en algún punto parece haberse perdido el disfrute del juego. El constructo identificativo ya no pasa por el *jogo bonito*. Pero en el fútbol la transformación y diversidad es permanente; a continuación, daremos cuenta de una metamorfosis inversa.

Toro o torero: importancia de qué ser

44

En diversas conversaciones sobre el estilo de juego de la selección española, Cesar Luis Menotti, director técnico campeón en Argentina 78 y amante del buen juego*, señalaba la imperiosa necesidad de decidir cómo quería morir, si como toro o como torero, es decir cómo quería jugar, porque –argumentaba– la confusión lleva a cualquier sitio. En el mundial de Alemania 2006, con Luis Aragonés como entrenador, la decisión tomo rumbo. España se inclinaría por el arte del toque**, decisión nada sencilla si recordamos el famoso mote de “furia roja” con el que se le conocía y que intentaba denotar sus principales atributos –fuerza, tenacidad, juego ríspido–, situación que parecía hacerle más daño que servir de ayuda. Esta decisión, además, era contracultural, ya que se oponía al *establishment*, porque era la continuidad de la época donde se privilegiaba la táctica y la preponderancia física. Pero a su favor tenía el esplendor de una escuela y claridad sobre una forma de entender el juego: el Barcelona,

* Fútbol técnico, ofensivo, de buen trato de balón.

** Juego técnico, de mucho pase con la finalidad de ofender.

con sus frutos en abundancia gracias a la mano de Johan Cruyff. Quizá España no tendría los títulos que ahora tiene ni seguramente jugaría como ahora lo hace (o como cuando menos intenta), si no fuera por esa forma de sentir el juego, de ser y de verse del mítico número 14 de la selección holandesa y su llegada a Barcelona.

Curiosamente, en estos tiempos, la selección española es más holandesa que la propia Holanda, a lo cual vuelve la pregunta: ¿se juega cómo se es o al menos cómo se quiere ser? La respuesta pareciera ser que pocas veces, que más bien se juega sin necesariamente estar en concordancia con el disfrute y el virtuosismo del juego. Quizá la visión se ha volcado en conseguir títulos sin cuestionarse si al conseguirlos también se puede gozar en el proceso y no solo en el fin.

No es algo baladí el decidir cómo jugar, igual que no lo es en la vida decidir cómo se quiere ser, porque esto presupone conocer los elementos con que se cuenta y con los que hay que trabajar, que constituyen, a fin de cuentas, el norte que brinda guía. Al llevar esta idea al contexto mexicano podemos encontrar diversos elementos. Si analizamos las perspectivas físicas o psíquicas propias generales de los mexicanos para asumir una forma de juego como equipo, encontramos resistencia, entrega, lucha (los cuales podemos observar al destacar en deportes como marcha, maratón, boxeo) y obediencia. Manuel Lapuente, entrenador local multigañador y de la selección mexicana en Francia 98, señala que el principal atributo del jugador mexicano es la obediencia, es dócil, abnegado y hace lo que le piden (Villoro, 2014, 38), además de su victimismo (las eliminaciones en los mundiales más reciente se asocian generalmente con penaltis mal marcados –basta recordar la famosa *vox populi* de no fue penal, en referencia al caso Robben–, goles de último minuto, fallados y encajados), ausencia de riesgo o aventura (la obediencia conlleva esto), y falta de calidad individual. Al revisar algunos de estos aspectos podemos percatarnos de cómo históricamente se ha evolucionado, pero al mismo tiempo cómo se mantienen factores que impiden una ruptura de verdadera transformación. Se mantienen fuera de contexto las atribuciones hacia el ganar, sin comprender el cómo somos y qué puede posibilitar el entendimiento cabal de eso que

somos para ver si lo queremos seguir siendo. Además, el ganar no es un reflejo directo de actuar como se es, sino una posibilidad del juego en la que intervienen múltiples factores. Entonces adquiere suma importancia la concepción que se tenga de ganar, porque a partir de esta se configuran disposiciones y comportamientos.

¿Qué es ganar?, ¿sabemos por qué se “gana” o se “pierde”?

“Ganar” o “éxito” en el fútbol son fórmulas que nos remiten casi exclusivamente a la obtención de un resultado, el de la victoria, pero puede haber matices en la concepción de dicho éxito; por ahora, nosotros señalaremos dos: la búsqueda exclusiva del triunfo sin importar algo más de lo que ocurra en alguna justa (Mundial, Copa América, Champions...), o la que desea triunfar, pero acompañado de algunas premisas o como consecuencia de estas.

Actualmente, en el fútbol, como en muchas otras cosas de la vida, parece que lo único verdaderamente importante es el resultado (ganar determinado partido, torneo, obtener una sede olímpica o mundialista, comprar a determinado jugador), mientras que los *cómos* se dejan para mejores ocasiones: al tenor de la búsqueda de un resultado se maquillan valores e identificaciones. Brasil, otrora defensor de la eficiencia hermanada con la belleza del juego, hipoteca estos pasados signos de identificación por tomar como valor absoluto el resultado, traiciona su historia en pos de ese canto, cuando esta otra forma de buscarlo tampoco es garantía de llegar a él, sigue siendo a final de cuentas simplemente otra manera –si es mejor o peor, es asunto de otra discusión–. No cuestiono la diversidad de formas para sentir y expresar el juego, lo que cuestiono es la falta de consciencia al llevarse a cabo estas acciones, así como la posibilidad que el fiel de la balanza sea exclusivamente el resultado. El juego de fútbol es manifestación de lo que somos, representación de pretensiones y posibilidades, alegorías de sueños y encarnaciones. Es fundamental que Brasil se percate que en los mundiales de 82 y 86 no fracasó, porque a través de su sentir buscó ser campeón, que lo ocurrido –para desgracia propia y ajena– fue una de las posibilidades que da este juego, esto es, no llegar al resultado deseado

por errores o circunstancias. Los que concebimos el fútbol como un juego de pasión, arte, belleza, pero, sobre todo, de sentido de lo que somos, alzamos la voz para decirle que no puede afejar el juego y negárselo como disfrute.

No pretendo ser un iluso y sostener que el resultado no importa; claro que importa, pero no más que la forma de juego, porque esta nos vincula con nuestro ser. También creo que, conforme se van alcanzando resultados, sentires e ideas se van sosteniendo de mejor manera. Por poner algún símil, en la medida en que nos dediquemos o trabajemos en lo que más nos gusta o disfrutamos, más plenos seremos, sin dejar de ver la necesidad de la remuneración por nuestra labor; no obstante, a veces o casi siempre solo alcanzamos a ver esa parte.

Otro aspecto fundamental de nuestro hacer es ser conscientes del por qué obtenemos determinados resultados, pues si realizamos una mala lectura no podremos modificar aquello que nos llevó a ellos o, peor aún, haremos cambios que no abonan hacia la dirección deseada. En el fútbol, si realizamos un análisis más allá de los *simples* resultados, fuera de la táctica y estrategia, podemos percatarnos claramente de esta situación. El atentado de Brasil contra sus identificaciones más profundas del juego –un gusto por la belleza estética que acompaña a la efectividad– se generó al no obtener los resultados deseados, cuando quizá estaban más cerca al persistir en aquellas. Peor aún, se reforzó la idea de ganar contraviniendo estas identificaciones y se creyó que los resultados se hicieron presentes por cambiar sus preceptos más significativos, cuando se generó por la calidad individual de sus jugadores. Estos *éxitos* confundieron aún más el sentimiento primigenio, el ganar terminó por dejarla de lado y abocarse en la nueva forma. Hoy no cuenta con la calidad de aquellos jugadores ni con el *jogo bonito*; incluso, el obtener más títulos podría desterrarlo permanentemente. Un duro golpe futbolístico trastocó a Brasil en su mundial, pero ni este golpe parece reconducirlo a su esencia, por lo que, tal vez, requiera de otro aun más fuerte. En este sentido lo peor que le puede pasar a su selección es volver a obtener títulos. Si Brasil gana, puede perder más.

Pensar y seguir pensando

Al volver nuestros pasos hacia las preguntas iniciales, podemos ubicar gran parte de lo que literalmente se *juega* en el fútbol, distintas implicaciones que manifiestan maneras de sentirlo, de vivirlo. Cuando reflexionamos específicamente sobre el cuestionamiento de si se juega cómo se es o al menos cómo se quiere ser, atisbamos los recorridos que dicho cuestionamiento sugiere para obtener al menos un esbozo, podemos ser conscientes de la importancia que presenta el contexto histórico para su comprensión; también vemos elementos que participan al forjar determinada disposición hacia el juego, es decir, la constitución del carácter para sentirlo, así como el establecer y ponderar valores específicos a perseguir. Asimismo, se percibe la lucha consciente o no en la mixtura de lo propio (*idem*) y lo ajeno (*ipse*) para formar una matriz compartida, un *sentimiento* común, un imaginario colectivo que invite a la representación. Hoy Brasil se encuentra en el proceso de transformar un valor —el del juego alegre, vistoso, eficiente, ofensivo— en mero dato, en una anécdota, por lo que pasaría a perder su carácter de valioso y a formar parte del baúl de los recuerdos. Más allá de la inclinación sobre cualquier forma de juego, lo trascendente personal y grupalmente es ser conscientes de nuestros *verdaderos* deseos, la necesidad imperiosa de conocerlos, sus implicaciones y nuestras acciones para su puesta en marcha.

Si apenas modificamos la pregunta de aquel niño en un pueblo escondido de México, que tras su inocencia se relaciona con todo nuestro diálogo y que otorga título a esta reflexión por si es hoy el Brasil de a de veras, mi respuesta sería que por supuesto que no y que se encuentra en la disyuntiva de alejarse cada vez más de serlo o reinventarse con lo que su historia le demanda.

Referencias bibliográficas

- Acha, J. (1996). *Aproximaciones a la identidad latinoamericana*. Ciudad de México, México: UAEM y UNAM.
- Aristóteles. (1993). *Ética Nicomaquea*. Madrid, España: Gredos.
- Barrera, V. (2002) *La responsabilidad. Cómo educar en la responsabilidad*. Madrid, España: Editorial Aula XXI.

- Bassignani, G. (1998) *Pelé: mi legado*. Ciudad de México, México: Océano.
- Cirese, A. (mayo - junio, 1987). “II Molise e la sue identità” *Basilicata*, (5-6), 9-21.
- González, A. (2002). *Eso que somos, la identidad de la sociedad que viene*. Barcelona, España: Ediciones Universitat de Barcelona.
- Pérez, J. (1995) *Filosofía y crítica de la cultura: Reflexión crítico hermenéutica sobre la filosofía y la realidad cultural del hombre*. Madrid, España: Trotta.
- Ricoeur, P. (1995) *Si mismo como otro*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Seguro, S. (2012). *Héroes de nuestro tiempo*. Málaga, España: Debate.
- Villoro, J. (2014) *Balón dividido*. Ciudad de México, México: Grijalbo.

